

Esta reflexión teológica fue escrita y presentada por primera vez por el Dr. Hosffman Ospino el 30 de octubre del 2014 en San Antonio, TX en nombre de ENAHVE (Equipo Nacional de Acompañamiento Hacia el V Encuentro). También se usó como base de reflexión para la capacitación de los agentes pastorales regionales coordinando los equipos que han de establecer estructuras para implementar el proceso hacia el Quinto Encuentro Nacional Hispano de Pastoral. Esta capacitación tuvo lugar el 12-14 de febrero del 2015 en Baltimore, MD. La reflexión teológica será usada a nivel regional, diocesano y parroquial en el país durante los próximos dos años como parte de la planeación que conduce al proceso del Quinto Encuentro.

Llamados y enviados a *Encuentro*

Visión teológico-pastoral para el proceso del V Encuentro

Escuchamos la llamada de Dios

El Dios de la Vida, quien por el poder del Espíritu Santo conquistó la muerte, el pecado y la oscuridad por medio de la resurrección de Jesucristo, nuestro Señor, llama a los católicos hispanos en los Estados Unidos con ánimo renovado a ser pueblo de Dios en marcha. Creemos en Dios quien es Tres and Uno. Damos gloria a Dios quien es origen y fuente de nuestra existencia. Al entrar en este proceso que conduce al Quinto Encuentro Nacional Hispano de Pastoral, realmente un momento de gracia, ponemos nuestra confianza y nuestra esperanza en Dios, quien camina con nosotros en los confines de la historia.

Dios se regocija en la belleza del orden creado. Dios se deleita en todos los seres humanos de todas las culturas que viven según la verdad, especialmente la verdad del Evangelio, y aman con *caritas*: el amor divino de Dios. Los Estados Unidos de América son la parte de la creación que compartimos. Ésta es nuestra tierra, nuestra nación. Es aquí en donde nos encontramos caminando junto con millones de personas convencidas de que existir consiste en permanecer abiertos a las oportunidades que nos da la vida, personas que trabajan fuerte cada día para construir un mundo mejor. Es aquí en donde nos encontramos caminando junto con Dios, quien no sólo nos llamó a la existencia sino que también nos prometió acompañarnos en el camino. Aquí vivimos. La mayoría de nosotros nacimos en esta nación; muchos otros renacimos como inmigrantes. En una tierra que promete nuevos comienzos nos encontramos participando

de un proceso interminable de renacer... recrear... reinventar... renovar.

Nuestra experiencia cotidiana como discípulos cristianos viviendo en los Estados Unidos es con frecuencia compleja, afanada, tumultuosa, tensa. En cada momento de nuestra existencia es mucho lo que tenemos que negociar. Muchas realidades cambian tan rápido a nuestro alrededor que a duras penas tenemos tiempo de recordar lo que fue y contemplar lo que es. No obstante, tenemos la responsabilidad de imaginar un futuro compartido. Comunidades, grandes y pequeñas, cambian. Las prioridades cambian. Las dinámicas políticas tanto a nivel global como local cambian. La manera como nos relacionamos con Dios cambia al igual que la forma en que practicamos nuestra fe. Nosotros cambiamos. Pero en medio del retumbar que circunda nuestra vida y sus muchos cambios, Dios nos invita hoy a detenernos un momento y contemplar quiénes somos como mujeres y hombres llamados a *Encuentro* aquí y ahora.

Somos hispanos...

Hispanos, Latinos/as, Latin@s, indígenas, hispanoamericanos... Sí, todo ello. Somos todo ello y mucho más. Nuestra gente es morena, negra, blanca, mestiza, mulata... Cuando ejercemos nuestras responsabilidades democráticas nos identificamos con todas las gamas del pensamiento político... Somos profesionales, negociantes, educadores, artistas, obreros, campesinos... muchos entre nosotros son parte de familias que han vivido en los Estados Unidos por varios siglos, incluso con

ancestros que vivían en esta tierra mucho antes de que el país se identificara como nación. Más recientemente otros cruzaron fronteras, aterrizaron en aeropuertos y navegaron en embarcaciones provenientes desde Latinoamérica y el Caribe con la esperanza de encontrar mejores oportunidades para ellos y sus familias. Aunque muchos entre nosotros son inmigrantes que han hecho de este país su hogar permanente en décadas recientes, no somos simplemente una comunidad inmigrante. La gran mayoría de nuestro pueblo, cerca de dos terceras partes, nació en los Estados Unidos. Somos hispanos, Latinos/as, Latino@s, indígenas y... *americanos*, es decir estadounidenses. Éste es nuestro país. Somos los Estados Unidos junto con muchos otros que día a día trabajan fuerte para construir una mejor nación. Creemos en los sueños que nos inspiran como pueblo. Soñamos con la formación de familias sólidas en las cuales los padres de familia, los niños, los esposos, las abuelas y abuelos, las tías y tíos, los primos, las comadres y los compadres, y los muchos otros familiares y amigos que son parte de nuestras vidas siempre son bienvenidos. Soñamos con la mejor educación y las mejores oportunidades para nuestros hijos para que se realicen y puedan alcanzar su máximo. Soñamos que el honor que nace de la afirmación de la dignidad de nuestra condición humana, un honor que ha sido negado a muchos de nosotros, especialmente a nuestras mujeres y niños en los países que se han dejado atrás, e incluso en esta tierra, sea restaurado completamente mientras construimos una sociedad nueva. Soñamos con que nuestras vidas rebosen de gozo y paz al confiar en el Señor.

La pobreza, los niveles bajos de educación, las divisiones en nuestras familias, los números exorbitantes de hermanas y hermanos nuestros que están en las cárceles y centros de detención, las dificultades que son parte de la experiencia inmigrante, entre otras contrariedades, afectan negativamente las vidas de millones de nuestros hermanos y hermanas hispanos, especialmente muchos jóvenes en nuestros barrios y en nuestros hogares. El racismo y el clasismo son prejuicios sociales persistentes con los que algunas personas

en esta sociedad —nuestra sociedad— nos tratan constantemente como pueblo, lo cual refleja una inhabilidad casi que inquebrantable para entender quiénes somos y lo que contribuimos a la Iglesia y la sociedad. Cuando uno de nosotros sufre por causa de esos prejuicios todos sufrimos; la Iglesia sufre, el país sufre. Aun así, seguimos soñando.

La historia que compartimos es como un tapiz de muchos colores tejido durante cinco siglos, un tapiz hecho de muchas narrativas que son parte de una memoria común: nuestra memoria histórica. Muchas de estas narrativas ilustres evocan momentos que han engendrado la esperanza y la promesa de un nuevo amanecer. Otras nos recuerdan los embates que han causado dolor y desaliento. Es en el caminar juntos a través de la historia, motivados por las pasiones que nos mueven cada día, atentos a los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de nuestro pueblo, que una nueva identidad se está forjando. No una identidad que desdeña las diferencias, la diversidad de culturas, los orígenes nacionales, los acentos y las memorias —porque sin todas éstas no seríamos lo que somos hoy en día — sino una identidad que tiene el poder de cultivar la unidad y la pluralidad en tensión dinámica. Muchos preguntan cuándo es que este proceso de forjar dicha identidad nueva finalmente terminará. ¿Ya estamos allí? Lo único que podemos decir es que seguimos naciendo. Por siglos nos hemos estado convirtiendo en algo nuevo. No, no estamos allí. Nos seguimos convirtiendo en algo nuevo al igual que todos aquellos con quienes vivimos, nuestros vecindarios, los pueblos y las ciudades en donde estamos presentes, la sociedad en general, la Iglesia...

Somos católicos hispanos...

Al centro de la siempre cambiante identidad hispana estadounidense, en todas sus variaciones y manifestaciones, se halla una constante espiritual: el cristianismo, especialmente mediado por el catolicismo. La mayoría de los hispanos en los Estados Unidos nos identificamos como católicos (alrededor del 58%). La experiencia católica ha sido quizás la cualidad

más ampliamente compartida a nivel continental entre el pueblo hispano estadounidense y los pueblos latinoamericanos. Arraigada en la experiencia católica ibérica, la Iglesia a través de nuestra historia en los Estados Unidos, el Caribe y el resto del continente ha sido la fuerza más influyente a nivel cultural, educativo, artístico y social. Los hispanos somos herederos de esta tradición y la llevamos con nosotros a la manera de lo que muchos han llamado un catolicismo cultural.

La experiencia católica hispana es un tesoro que enriquece la vida de la Iglesia en los Estados Unidos y el resto de la sociedad de muchas maneras. Por muchas décadas teólogos y agentes pastorales en este país, el Caribe y Latinoamérica hemos reconocido el poder inmenso del catolicismo popular como vehículo no sólo para celebrar e interpretar la fe, sino también para compartir esa fe de generación en generación. Las devociones marianas, especialmente el amor por Nuestra Señora de Guadalupe, tienen un lugar especial en la imaginación católica hispana estadounidense. La vida litúrgica sigue siendo importante para los católicos hispanos. Las parroquias en donde los hispanos estamos presentes tienen un número mayor de feligreses participando en la Misa y el número de niños bautizados en estas comunidades es más alto que en el resto de parroquias en el país. Por supuesto, la trayectoria no es perfecta y es mucho lo que se necesita hacer a nivel pastoral para ayudar a los muchos católicos hispanos que van a sus iglesias esporádicamente, o nunca van, a apreciar más la riqueza de la experiencia litúrgica. Pero existe un sentido de lo sagrado, lo cual los teólogos llaman “imaginación sacramental”, el cual que habita en lo más profundo de las culturas hispanas y ha sido fortalecido por una relación de muchos siglos con el catolicismo. En décadas recientes el florecimiento de los movimientos apostólicos (ej., la Renovación Carismática Católica, Cursillo de Cristiandad) ha inspirado olas de revitalización espiritual entre los católicos hispanos en los Estados Unidos. Todas estas experiencias apuntan hacia lo que se ha identificado como mística, es decir aquella

manera de ver la realidad por medio de la cual los católicos hispanos percibimos y entendemos el mundo como un lugar en el que siempre es posible tener un encuentro con Dios.

Para los católicos hispanos la experiencia de encuentro es una oportunidad de volver a las raíces culturales, espirituales y eclesiales que son parte de nuestra identidad común. En Latinoamérica y el Caribe el espíritu de encuentro, sin lugar a duda, ha forjado la reflexión teológica y pastoral del CELAM (*Consejo Episcopal Latinoamericano*) por más de medio siglo. Las reuniones en Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y más recientemente en Aparecida (2007) pueden ser consideradas momentos extraordinarios de encuentro. En estas reuniones agentes pastorales y teólogos de varias partes del continente se encontraron para reflexionar sobre cómo el Reino de Dios estaba siendo experimentado por el pueblo. Esas experiencias de encuentro en Latinoamérica han inspirado los procesos más espléndidos de planeación pastoral, renovación parroquial y actividad misionera en nuestra historia reciente. Muchos de los 20 millones de inmigrantes latinoamericanos y caribeños viviendo ahora en los Estados Unidos han sido formados y transformados por esas dinámicas: catequistas, maestros, agentes pastorales laicos, religiosas y religiosos, sacerdotes, diáconos y un sinnúmero de personas que están hoy presentes en nuestras iglesias. Al entrar en el proceso que nos conduce hacia el Quinto Encuentro, sus experiencias y memorias deben ser una gran fuente de inspiración.

Somos católicos hispanos en los Estados Unidos...

Al momento del Concilio Vaticano II (1962-1965), los hispanos constituíamos menos del 10 por ciento de la población católica en los Estados Unidos. En una Iglesia que era en su mayoría euroamericana, los católicos hispanos éramos claramente una minoría. Así es como habíamos sido percibidos por un buen tiempo. Como minoría, la historia de los hispanos había sido

influenciada por los altibajos de las tensiones raciales, sociales e incluso religiosas que han dominado las grandes conversaciones en esta sociedad en donde vivimos. Pero sólo en medio siglo mucho habría de cambiar. Hoy en día los hispanos constituimos más del 40 por ciento de todos los católicos en el país. Más de la mitad de los católicos menores de veinticinco años son hispanos. El 71 por ciento del crecimiento del catolicismo en el país desde comienzos de los años sesentas es el resultado de la presencia hispana. Es prácticamente imposible en nuestro día hablar sobre el presente y el futuro del catolicismo en los Estados Unidos sin contemplar de lleno la experiencia católica hispana. ¿Comprende la Iglesia en los Estados Unidos las implicaciones de este proceso de hispanización que actualmente está redefiniendo su identidad? ¿Tenemos plena conciencia los católicos hispanos del papel que ahora jugamos y los compromisos por los cuales ahora somos responsables en el contexto de esta nueva fase de la experiencia católica estadounidense? El proceso del Quinto Encuentro es una oportunidad perfecta para reflexionar sobre estas dos preguntas.

Ésta no es la primera vez que entramos en un proceso de Encuentro. Antes del proceso del Quinto Encuentro, los católicos hispanos hemos participado de varios otros Encuentros Nacionales Hispanos de Pastoral: 1972, 1977, 1985, y 2000. En el año 2006 se celebró el Primer Encuentro Nacional de Pastoral Juvenil Hispana. Los Encuentros han sido instancias de reflexión en común en las cuales los agentes pastorales comprometidos en el ministerio hispano nos hemos reunido gracias a una serie de procesos y conversaciones en distintos niveles para discutir cuál es la mejor manera cómo la Iglesia en los Estados Unidos responde a las necesidades pastorales y espirituales de los católicos hispanos. Los Encuentros fueron percibidos rápidamente como momentos proféticos. Pero quizás su contribución más notable fue el forjamiento de una conciencia colectiva entre los católicos hispanos en los Estados Unidos. Los primeros tres Encuentros se

enfocaron explícitamente en la experiencia católica hispana lo cual les permitió identificar las fortalezas y debilidades de la respuesta de la Iglesia a la creciente presencia hispana. El Tercer Encuentro (1985) fue precedido por un proceso de consulta en varios niveles, el cual duró dos años (1983-1985). Este proceso involucró cientos de miles de católicos hispanos. El Tercer Encuentro también inspiró el Plan Pastoral Nacional para el Ministerio Hispano (1987), el cual fue aprobado por todos los obispos de los Estados Unidos para todos los católicos en el país. El objetivo general del plan sigue inspirando iniciativas y conversaciones claves sobre el ministerio hispano en todo el país:

VIVIR Y PROMOVER...
mediante una *pastoral de conjunto*
un MODELO DE IGLESIA que sea:
comunitaria, evangelizadora y misionera,
encarnada en la realidad del pueblo hispano y
abierta a la diversidad de culturas,
promotora y ejemplo de justicia...
que desarrolle liderazgo por medio de la
educación integral...
QUE SEA FERMENTO DEL REINO DE DIOS
EN LA SOCIEDAD.

El Encuentro 2000 (considerado como el Cuarto Encuentro) llamó a la reflexión sobre el don de la diversidad en la Iglesia. Aunque el énfasis no fue exclusivamente en el ministerio hispano, la ocasión fue una oportunidad para que los hispanos compartiéramos la experiencia y la metodología de Encuentro con otros católicos en el país. El Primer Encuentro Nacional de Pastoral Juvenil Hispana no sólo nos recordó que es urgente que los jóvenes católicos hispanos se mantengan al centro de la actividad evangelizadora de la Iglesia en los Estados Unidos (cerca de seis de cada diez católicos menores de dieciocho años en el país son hispanos), sino que también demostró la capacidad y el potencial de liderazgo de los jóvenes católicos hispanos.

Hoy en día 55 millones de hispanos, el 17 por ciento de la población total de los Estados

Unidos, constituimos una fuerza mayor en nuestra sociedad. Los hispanos estamos presentes en todos los estados y prácticamente en todo centro urbano alrededor del país. ¡Somos un grupo que no se puede ignorar! Casi 30 millones de nosotros nos identificamos como católicos. Hay más católicos hispanos en los Estados Unidos que en la mayoría de países latinoamericanos a nivel individual. Sin lugar a duda éste es un momento diferente en la historia que compartimos. Nuestra reflexión en este momento no se reduce simplemente a cómo la comunidad eclesial dominante puede servir un grupo pequeño de personas que comparte ciertos idiomas y ciertos rasgos culturales. Se trata de reconocer que el catolicismo en los Estados Unidos está siendo —y seguirá siendo— redefinido profundamente por la experiencia católica hispana en diálogo con las muchas otras experiencias católicas que son parte del contexto culturalmente diverso en el cual escuchamos y respondemos a la llamada de Dios a Encuentro.

Somos católicos hispanos en los Estados Unidos en el siglo XXI...

Al caminar como Iglesia hacia el final de la segunda década del todavía joven siglo XXI, los católicos hispanos insistimos en que nuestros desafíos, interrogantes y esperanzas le pertenecen a la Iglesia en los Estados Unidos —y viceversa. Cada momento histórico trae sus propios desafíos. Y cada desafío es al mismo tiempo una nueva oportunidad. Al comenzar este siglo nuestra sociedad experimentó las atrocidades del terrorismo y la violencia a grande escala. Estos eventos cambiaron profundamente nuestra impresión sobre la clase de mundo en que vivimos hoy en día. Una nueva ola de crisis sociopolíticas en Latinoamérica amenaza el bienestar de muchos, especialmente mujeres y jóvenes, dejándoles sin otra alternativa que huir de sus propias tierras. Muchos miran hacia el “norte” como una opción, tal como lo hicieron millones más en el siglo XX. La crisis económica reciente reveló la vulnerabilidad de las instituciones de las cuales dependemos casi ciegamente. Un sentimiento antiinmigrante cada

vez más acentuado, especialmente durante las épocas de elecciones políticas, revela actitudes xenofóbicas que siguen presentes en nuestra sociedad, las cuales necesitan ser discutidas seriamente. Éste parece ser un momento en el cual es más urgente que nunca acercarse a Dios y a las instituciones religiosas para ser guiados con sabiduría. Sin embargo, nuestra sociedad se está moviendo colectivamente en una dirección contraria: el secularismo. Aproximadamente una de cada cinco personas en los Estados Unidos se identifica como una persona sin religión o sin afiliación creencia religiosa alguna. Los hispanos no somos la excepción.

Éstas son precisamente las conversaciones en las cuales los hispanos católicos podemos tomar la iniciativa con nuestras voces, nuestro testimonio y nuestro liderazgo. Éstas son también nuestras realidades. ¡Éste es el momento para ser voces proféticas! Nuestros hijos y nietos crecen en este contexto. La respuesta a estas dinámicas es lo que de muchas maneras determinará el dinamismo y la relevancia de nuestras parroquias, diócesis, organizaciones e instituciones. Para poder responder a los desafíos de nuestro día nos encontramos ante una oportunidad única para beber de la fuente de lo mejor de nuestra tradición católica y de la riqueza de nuestras experiencias históricas. Somos católicos hispanos en los Estados Unidos en el siglo XXI que aceptamos la llamada de Dios a Encuentro y estamos listos para hacer opciones preferenciales. Seguimos haciendo nuestra la *opción preferencial por los pobres*, la cual ha caracterizado a la Iglesia en Latinoamérica y el Caribe, al igual que al ministerio hispano en los Estados Unidos durante el último medio siglo. Sabemos de los efectos de la pobreza en carne propia porque millones de nuestros hermanos y hermanas sufren bajo las condiciones creadas por esta enfermedad social. Muchos entre nosotros no encuentran trabajo para apoyar a sus familias mientras que otros reciben pagos absurdamente bajos por su ardua labor. Para muchos hispanos ser promovidos en el lugar de trabajo es casi una quimera mientras que ven a sus compañeros alcanzar niveles más altos de prestigio trabajando

lo mismo que ellos y con cualificaciones similares. La falta de acceso a una educación de calidad y oportunidades educativas que efectivamente mejoren la condición social de nuestros jóvenes, especialmente en contextos urbanos, condenan prácticamente a muchos hispanos en nuestras comunidades a vivir en la pobreza el resto de sus vidas. Tasas desproporcionadas de encarcelamiento de hispanos en comparación con el resto de la población, la proliferación de centros de detención que confinan grandes números de inmigrantes latinoamericanos, incluyendo madres y niños, y un gran número de hispanos pagando largas sentencias en los sistemas carcelarios existentes incrementan las cargas a familias enteras que buscan una mejor oportunidad en sus vidas, especialmente para los más jóvenes. Éste es nuestro pueblo y estas son nuestras luchas. Con ellos elevamos nuestras voces al Dios de la Vida que escucha el clamor de los pobres (*ver* Salmo 34:7; 69:34; Job 34:28).

También renovamos la *opción preferencial por la juventud hispana*. Más de la mitad de los católicos estadounidenses menores de 30 años son hispanos, la mayoría nacidos en este país. Existe evidencia suficiente que indica que nuestras estructuras ministeriales, incluyendo los programas parroquiales de pastoral juvenil, las escuelas católicas y las universidades católicas, lamentablemente hacen poco para servir de manera adecuada a esta población. Si no invertimos en la juventud hispana ahora, ¿qué clase de Iglesia esperamos tener en diez o veinte años? El invertir en la juventud hispana hoy es una obligación urgente que no se puede negociar.

Al entrar en el proceso del Quinto Encuentro tenemos que hacer una *opción preferencial por la familia*, especialmente la familia hispana. Los católicos hispanos en general tenemos una apreciación profunda por la vida familiar y valoramos la importancia de esta unidad social. La apertura a la vida en las familias hispanas, expresada especialmente en el número de niños en el hogar, sirve como signo contracultural a lo que algunos han llamado “la cultura de la

muerte” en nuestra sociedad. La familia hispana, arraigada en la convicción de la identidad individual es forjada primordialmente en el contexto del hogar, se mantiene como paradigma al compartir la cultura, la fe y las costumbres. Estas fortalezas deben ser cultivadas en nuestro ministerio y compartidas con otros lo más que podamos mientras los hispanos seguimos estableciéndonos en esta sociedad. Sin embargo, es fácil confundir “una apreciación profunda por la vida familiar” con una visión idealizada de la familia hispana. Las familias hispanas también experimentan grandes desafíos. Sí, muchas de nuestras familias están quebrantadas. Hay dolor cuando nuestras familias son divididas por causa de políticas migratorias que debieron ser revisadas hace mucho tiempo. Hay desconsuelo cuando los matrimonios en nuestras comunidades fallan. Hay dificultades cuando nuestras familias tienen que enfrentarse permanentemente a los retos de la pobreza y la marginalización. Hay frustración entre nuestros padres de familia cuando sueñan con la mejor educación para sus hijos y saben que millones de sus pequeños van a escuelas de calidad inferior que amenazan su futuro. Hay motivos para estar preocupados cuando realidades tales como el machismo, la violencia doméstica y otras formas de abuso en el hogar afectan directamente la vida de nuestras familias, especialmente mujeres y niños, y con frecuencia se encuentran con un silencio desolador por parte de los líderes de nuestras comunidades. Hay confusión cuando nuestras propias estructuras ministeriales, incluyendo los esfuerzos que son parte del ministerio hispano hoy en día, invierten poco o nada en una pastoral familiar. Si no invertimos en las familias hispanas ahora, ¿qué clase de Iglesia esperamos tener en diez o veinte años? El invertir en la familia hispana hoy es una obligación urgente que no se puede negociar.

Enviados por Dios como discípulos misioneros...

A medida que la Iglesia en el mundo entero continúa respondiendo a la llamada a la Nueva Evangelización, los católicos hispanos

respondemos hoy en un espíritu de encuentro. El Beato Pablo VI nos recordó que la Iglesia existe para evangelizar (*Evangelii Nuntiandi*, 14). El ministerio hispano en los Estados Unidos sólo tiene sentido si su meta última es anunciar la Buena Nueva de Jesucristo. Como católicos hispanos y aquellos que caminan con nosotros en un espíritu mutuo de acompañamiento, hemos escuchado la voz del Dios de la Vida que nos llama a ser discípulos. Seguimos los pasos del Señor Jesús, el resucitado quien renueva todas las cosas. Abrimos nuestro corazón a la guía del Espíritu Santo para que nuestro discipulado sea auténtico y fuente de vida. El ministerio hispano en los Estados Unidos es el compromiso de la Iglesia en este país a llevar la Buena Nueva de Jesucristo con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones a todos los hispanos viviendo en esta tierra, a quienes caminan con nosotros en nuestras comunidades y todos aquellos con quienes somos Iglesia en medio de la diversidad cultural que nos identifica.

El discipulado cristiano consiste en seguir a Jesús, el Maestro. No obstante, el acto de seguir debe ser precedido por un momento de escucha y contemplación. A los pies del Señor Jesús, como los primeros discípulos, escuchamos sus palabras y nuestros corazones se llenan de la alegría del Evangelio (Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 1). Contemplamos la verdad que nos hace libres. Con corazón humilde permitimos que el Señor nos ame con el amor sacrificial de aquel que da la vida por sus amigos. El encuentro con el Señor por medio de su Palabra en las Escrituras, sus sacramentos y nuestros hermanos y hermanas, especialmente los más vulnerables (*ver* Mt 25:31-46), nos impulsa a proclamar con el autor de la Primera Carta de Juan: “Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros” (1 Jn 1:3a).

La proclamación de la Buena Nueva implica esencialmente un movimiento hacia afuera. ¡Si lo hemos visto, escuchado y contemplado, sabemos lo importante que es! Entonces lo hemos de compartir. El discipulado auténtico y el impulso misionero de la Iglesia van de la mano. Tal como

los líderes pastorales de varias partes del continente americano reunidos en Aparecida, Brasil en el 2007 concluyeron, éste es el momento de asumir nuestra identidad como discípulos misioneros. La llamada a ser discípulos misioneros compagina claramente con la experiencia pastoral de los católicos hispanos en los Estados Unidos. Por décadas hemos estado en diálogo con los movimientos teológicos y pastorales de Latinoamérica. Muchos de estos movimientos han influenciado profundamente nuestra propia reflexión, como fue en el caso de los primeros Encuentros Nacionales Hispanos de Pastoral. El sínodo de 1997 que dio lugar al extraordinario documento *Ecclesia in America* sirvió como modelo de una conversación que debe continuar. Es mucha la energía que se sigue generando en el contexto eclesial Latinoamericano a la luz de Aparecida, la Misión Continental y, sin lugar a duda, el testimonio del Papa Francisco, el primer pontífice latinoamericano en la historia. Éste es verdaderamente un momento oportuno, un *kairós* para los católicos hispanos en los Estados Unidos, latinoamericanos y caribeños, un momento para responder a la llamada a ser discípulos misioneros. Ésta es una oportunidad para ser misioneros llevando la Buena Nueva a todos nuestros hermanos y hermanas, hispanos y no hispanos, en los Estados Unidos. Como católicos hispanos en los Estados Unidos, entramos en este momento con los pies firmes en nuestra propia realidad, aunque sabiendo que necesitamos expandir nuestra conciencia a las experiencias que están más allá de nuestros límites y nuestras perspectivas más inmediatas.

¡A experimentar la plenitud del amor de Dios por medio de Encuentro!

El catolicismo en los Estados Unidos en el siglo XXI será definido profundamente al decidir construir comunidades de encuentro y acogida. La manera como hagamos esto es crucial. Es en estas comunidades en donde todos, hispanos y no hispanos, debemos sentirnos en casa y experimentar la plenitud del amor de Dios. Éste es un momento para que las parroquias, diócesis,

organizaciones e instituciones católicas renueven sus compromisos de identidad y misión, convirtiéndose en espacios en donde todos los católicos seamos bienvenidos con nuestros dones, interrogantes y esperanzas. Para construir estas comunidades es necesario avanzar una pastoral de conjunto que resalte las mejores experiencias de vida pastoral que han dado vida a muchas comunidades hasta el día de hoy. Esta pastoral de conjunto también exige la incorporación de la sabiduría que la nueva generación de agentes pastorales traemos a nuestras comunidades, jóvenes y veteranos, inmigrantes y nacidos en el país, hispanos y no hispanos.

El Papa Francisco con frecuencia se refiere a la idea de fomentar una cultura de encuentro. Una cultura de encuentro reúne los creyentes tal como Dios se encuentra con la humanidad, especialmente por medio de Jesucristo. Dicho encuentro es siempre fuente de vida y transformación. Es un encuentro que afirma lo mejor de quienes somos como mujeres y hombres creados y amados por Dios. Una cultura de encuentro es posible cuando hacemos nuestra

la convicción de que el perdón y la reconciliación son posibles. Es una cultura que proclama la verdad con claridad, aunque con amabilidad y misericordia. Una cultura de encuentro es mediadora de diferencias, reconcilia a quienes se habían alejado unos de otros, sana conflictos y nos abre a la belleza del misterio de vivir juntos en comunión. Sí, caminamos juntos como pueblo. Somos la Iglesia, el Pueblo de Dios.

Al entrar en este proceso que conduce hacia el Quinto Encuentro Nacional Hispano de Pastoral, los agentes pastorales hispanos y aquellos que nos acompañan en la construcción de comunidades de fe dinámicas estamos invitados a fomentar una cultura de encuentro que haga posible que todos experimentemos la plenitud del Reino de Dios. Que el Dios de la Vida, quien por el poder del Espíritu Santo nos llama a seguir a nuestro Señor Jesucristo como discípulos misioneros y a acompañarnos unos a otros en este caminar de forjar la experiencia católica estadounidense en el siglo XXI, nos conceda la sabiduría de permanecer fieles a nuestra vocación.

Translated and last revised: April 10, 2015 (by Hosffman Ospino)